

La “explosión” del Mónaco

Mientras escribo estas líneas la administración del Alcalde Federico Gutiérrez está derribando el edificio Mónaco. Si, lo sé, es una implosión, pero se hace con explosivos y aunque agradezco la invitación al acto, no podía asistir y no hubiera asistido.

El edificio Mónaco fue la residencia de Pablo Escobar Gaviria y su familia, y todos los medellinenses lo supimos cuando fue objeto de un atentado del Cartel de Cali con un carro bomba que afectó también a sus vecinos. Es, entonces, un símbolo del poder económico de Pablo Escobar y lo que él significó para Medellín y toda Colombia: quizá el más grande narcotraficante del país y sin duda el más representativo, con toda la carga que esa condición arrastra tras de si. Pero también de la penetración del narcotráfico en nuestra sociedad, de la guerra que desató a mediados de los años 80's y de sus víctimas.

El Alcalde quizá piensa que derribando el Mónaco borra esa historia y lo que significó el narcotráfico en el devenir histórico de Medellín y Colombia, y de esa manera vuelve a matar a Pablo Escobar, ahora como símbolo. De esa manera celebra el triunfo de la sociedad sobre el narcotráfico. Y lo hace con un acto al cual convoca a múltiples invitados y a la prensa, como lo hace cada que capturan al jefe de una banda, como si eso significara el éxito de su política de seguridad y la erradicación de la violencia en Medellín.

Pero se equivoca. La sociedad no le ha ganado la “guerra” al narcotráfico porque todavía existen las Autodefensas Gaitanistas de Colombia, con sus múltiples apodos (los “Urabeños”, el “Clan del Golfo”, etc.), derivadas de los grupos paramilitares y su alianza con el narcotráfico, y esa vieja corporación criminal

conocida como la 'Oficina', que extienden sus tentáculos por Medellín y sus comunas. Tampoco ha ganado su "guerra" contra las bandas porque éstas continúan vivas y actuando en los distintos territorios de la ciudad, como lo revelan los estudios e indicadores sobre seguridad y violencia en Medellín. Y está lejos de hacerlo porque desconoce sus causas, su origen, su trayectoria y cómo se reproducen. Esos actos mediáticos son mera apariencia y se solazan con ella.

Pero, de esa forma tampoco se construye la memoria de una sociedad, ni se borra su historia. Medellín tiene una tradición de demoler su pasado, así se sienta orgullosa de la cultura de los arrieros. Aunque algunos íconos urbanos aislados se conservan, como el Palacio Nacional, la Estación del Ferrocarril y los edificios Carré y Vásquez, para citar sólo unos ejemplos, convertidos, total o parcialmente, en centros comerciales, cómo un recuerdo o una reliquia en medio de la modernidad, no quedan vestigios del viejo Guayaquil, reemplazado por una original Plaza de las Luces y un gran centro comercial edificado sobre sus ruinas, ni del antiguo Teatro Junín, demolido para dar lugar al edificio Coltejer, o la vieja Avenida La Playa. De esa época sólo nos quedan las fotos nostálgicas del Medellín antiguo de Melitón Rodríguez.

Lyon, la segunda ciudad de Francia, fue creciendo hacia el sur y cuando se cruza el Ródano se puede apreciar como se fue construyendo históricamente la ciudad, pero no se destruyó su arquitectura y sus espacios medievales.

En el Estadio Nacional de Santiago de Chile hay una tribuna que permanece vacía durante los partidos. Nadie la ocupa porque allí fueron llevadas las víctimas de ejecución extrajudicial y desaparición forzada tras el golpe de Estado del General Augusto Pinochet. El Estadio Nacional de Chile se convirtió así en

el símbolo del poder arbitrario y los crímenes de la dictadura de Pinochet. Después de que cayó a nadie se le ocurrió derribar las tribunas para sustituirlas por otras. Aún permanecen recordando los crímenes y las víctimas de la dictadura.

En la época de la prohibición del alcohol en Chicago, floreció la organización criminal de Al Capone. No es posible borrar su imagen de la historia de la ciudad. Aunque la imagen de Al Capone no ha desaparecido, ni se ha borrado de su historia y es imposible hacerlo, Chicago es hoy una ciudad muy distinta a la de esa época porque aprendió del pasado y construyó un futuro para sus habitantes.

Del edificio Mónaco pudo hacerse un centro de memoria que recordara lo que vivió y significó para la ciudad el narcotráfico y sus víctimas, sin derribarlo, para que sus visitantes tuvieran un acercamiento cierto a lo que fue, lo que hizo y lo que representó el narcotráfico, con todas sus aristas y todas sus vergüenzas. Lo contrario es como barrer el polvo, guardando la suciedad bajo la alfombra para que la casa parezca reluciente. Pero es apenas una de las opciones en la tarea de preservar la memoria colectiva.

Montecasino, la residencia de Fidel y Carlos Castaño Gil en El Poblado, también fue un centro de operaciones del narcotráfico, luego de los Pepes y después de las Autodefensas Unidas de Colombia. Su historia está ligada a la historia del país y es un símbolo del paramilitarismo. Cuando oficiaba como Magistrado de la Sala de Justicia y Paz me informaron que la administración del alcalde Federico Gutiérrez había decidido limitar el uso del suelo de Montecasino y destinarlo a un parque. Al tiempo que hacía eso, paralizó las obras para buscar a los desaparecidos de la escombrera y la arenera. La decisión del Alcalde no

sólo priva a las víctimas de un valioso inmueble destinado a su reparación, pues al limitar su uso, el bien se desvaloriza. Pero, en materia de reparación, no todo se juzga por su valor económico porque también están las acciones y medidas para conservar la memoria y la determinación del Alcalde también priva a la ciudad de la posibilidad de construirla y parece entonces una agenda política o un intento por desconocer y encubrir el pasado. Montecasino también merece una mejor suerte y un mejor destino, que escuche y tenga en cuenta la voz de las víctimas.

Medellín no puede anestesiar su memoria, por dolorosa y vergonzosa que sea. Una ciudad sin memoria es una ciudad sin pasado, sin historia. Y un pueblo sin historia es un pueblo sin identidad. Un pueblo sin memoria, sin historia y sin identidad es un pueblo condenado a andar a tientas o a repetir su pasado porque, como dice un viejo aforismo, un pueblo que no conoce su historia, está condenado a repetirla. El pasado no se supera demoliéndolo, sino actuando sobre él y transformándolo. Pero es la memoria viviente y el reconocimiento de nuestro pasado, no su negación, lo que nos permite transformarlo y construir un futuro mejor y más promisorio para todos.

Rubén Darío Pinilla Cogollo